





[www.loqueleo.com/ec](http://www.loqueleo.com/ec)

© Del texto:

- «La tortuga de Cliperton», *Antología de piratas y bandidos*, Eliécer Cárdenas, Venezuela, 1993.  
«La máquina de cuando seas grande», Mercedes Falconí.  
«El delfín rosado», *Un día más y otras historias*, Edna Iturralde, 1993.  
«Mateo Simbaña», Teresa Crespo Toral, 1981.  
«Ñiquito, el carrizo flaquito», *Piquiocioso*, Renán de la Torre, 1990.  
«Los secretos del sol», Hernán Rodríguez Castelo, inédito.  
«Concurso del pájaro de mar con el de tela», *El país de Manuelito*, Alfonso Barrera Valverde, 1984.  
«El Señor Blanco», Raquel Rodas, 2001.

© De esta edición:

2020, Santillana S. A.  
De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín  
Teléfono: 335 0347  
Quito, Ecuador

Victor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central  
Teléfono: 461 1460  
Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-790-0

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: 1996

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Mayo 2017

Vigésima quinta impresión en Santillana Ecuador: Enero 2020

Editora: Annamari de Piérola

Selección y prólogo: Francisco Delgado Santos

Ilustraciones: Wilo Ayllón

Diagramación: Isabel Castellanos

Supervisión editorial: Susana Salvador

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

# Ecuador, cuentos de mi país

Selección y prólogo de Francisco Delgado S.

Muestra  
promocional

Prohibida  
Su venta

© Santillana



loqueleto

# Índice



Presentación .....	9
La tortuga de Cliperton .....	13
ELIÉCER CÁRDENAS	
La máquina de cuando seas grande .....	25
MERCEDES FALCONÍ	
El delfín rosado .....	35
EDNA ITURRALDE	
Mateo Simbaña .....	45
TERESA CRESPO TORAL	
Ñiquito, el carrizo flaquito .....	63
RENÁN DE LA TORRE	
Los secretos del sol .....	73
HERNÁN RODRÍGUEZ CASTELO	

Concurso del pájaro de mar con el de tela .....	91
ALFONSO BARRERA VALVERDE	
El Señor Blanco .....	101
RAQUEL RODAS MORALES	
Glosario .....	115
Biografías .....	117
Cuaderno de actividades .....	127

## Presentación



He aquí una selección de cuentos para niños, escritos por algunos de los más representativos exponentes de la literatura infantil ecuatoriana contemporánea.

9

Como en toda selección, es muy posible que falten unos y sobren otros, a pesar de que no ha sido nuestra intención el excluir ni el favorecer a nadie. Nos ha guiado el solo propósito de ofrecer una muestra de gran calidad literaria que pueda ser disfrutada por chicos (y grandes) de todo el mundo, especialmente aquellos cuyas edades oscilan entre los diez y los doce años.

Los autores seleccionados son escritores, con plena vigencia en las letras ecuatorianas del momento: Alfonso Barrera Valverde, Teresa Crespo

de Salvador, Hernán Rodríguez Castelo, Edna Iturralde, Renán de la Torre, Eliécer Cárdenas y Mercedes Falconí. Nacidos entre 1928 y 1958, la mayoría de ellos ha publicado obras de gran importancia durante el último siglo.

10 La temática de los cuentos recogidos en este volumen es tan variada como variadas son las regiones naturales que conforman el país, los seres humanos que lo habitan y las culturas que lo integran y caracterizan, lo que le da unidad en la diversidad.

Algunos de los temas son el incendio de un bosque protector de la ciudad de Quito, que tiene como protagonistas a un pastorcillo indígena y al cóndor que lo lleva hasta sus dominios.

También, un concurso en el que un pájaro de tela vence a un pájaro de mar mediante dos poderosos recursos: el ingenio y la imaginación. La alianza del sol con un niño que ha decidido cultivar la rara flor de la autonomía, para ser más tarde un hombre con criterio propio y no un hombre-masa, de esos que viven de endosar ideas o pedir las prestadas.

La historia de una vocación artística que halla plena realización mediante el sacrificio, poéticamente narrada en la metáfora del carrizo Ñiquito. Un cuento ecuatoriano de piratas, protagonizado por el temible capitán inglés Cliperton y su mascota, una enorme tortuga de nuestras Islas Encantadas. Y, finalmente, las limitaciones de una máquina que momentáneamente envejece a los niños y rejuvenece a las personas mayores.

También los escenarios son diferentes: los páramos del volcán Pichincha, el lago de San Pablo en la provincia de Imbabura, el valle de los Chillos, los ríos de la Región Amazónica, las montañas andinas, las Islas Galápagos, el océano Pacífico, Guayaquil, nuestro puerto principal, y la imaginaria ciudad de Guanobamba.

Toda esta variedad de temas y de estilos logran retratar gran parte del paisaje, la geografía humana y la problemática de un pequeño pero hermoso país, ubicado en el ombligo del mundo; de un país que quizá no haya logrado consolidar todavía una literatura infantil de

primer orden, pero que empiece a forjarla con obras tan hermosas como las aquí ofrecidas.

Francisco Delgado Santos

12

## La tortuga de Cliperton

ELIÉCER CÁRDENAS



Cliperton, el capitán inglés del Mar del Sur, tenía grandes ojos azules y una larga nariz que habían enrojecido el ron y, más que todo, los abrasadores soles del océano. Su manía era pellizcarse la nariz cuando estaba preocupado.

Alto, con el verde casacón de paño que le caía hasta las corvas, Cliperton oteaba desde la proa el nublado horizonte del estuario. De Guayaquil no se distinguía más que la giba del Cerrillo Verde. ¿Era de fiar el corregidor? Cliperton dudaba. A Henry Clark, el capitán que le enseñó aquello de que los puertos españoles no se tomaban a la fuerza sino con legítimas argucias propias de un zorro inglés, la Armada lo capturó en una playa de Santa Elena, a muchas leguas de algún manantial, porque el viejo

13

cayó en una trampa: los españoles enviaron un emisario hasta la caleta donde reparaba su navío, para decirle que habían decidido hacer un trato. Le entregarían la cuarta parte del cargamento de la flota que venía de Panamá con lozas chinas y plata mexicana. No les costó nada a los españoles emboscarlo en esa playa desde donde lo enviaron a Lima y lo ajusticiaron.

—Pobre Clark —se compadeció Cliperton.

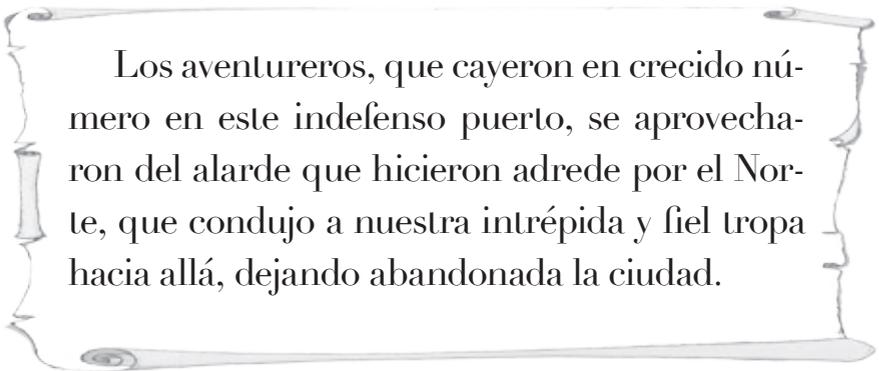
A su lado, la gran tortuga galápagó de las Islas Encantadas levantó del caparazón su triangular cabeza gris. Cliperton había decidido llevársela consigo cuando recogió al animal en el islote deshabitado y, después de grabar con una cuchilla, sobre el caparazón, su temido nombre de corsario y el año 1709, observó que el animal se arrastraba tras él como un perro.

Al atardecer abordó la nave Tompson, el emisario que, disfrazado con betún y ropas viejas de aguatero mulato, había ido al puerto con la tercera carta que Cliperton le enviaba al corregidor: si le permitía capturar la ciudad, le decía, no solo respetaría su casa y sus riquezas sino que el co-



regidor, si era un buen español, podría quedarse con la quinta parte del botín. Tompson trepó por la cuerda que tiraron a su chalupa, con un rostro ennegrecido en el cual irradiaba el contento.

16 Vociferando en su enrevesada lengua, les exigían a los demudados pobladores que los llevaran a donde tenían ocultas las riquezas. El miedo hizo que entendieran la lengua extraña, y aceptaron lo inevitable con las cabezas bajas. Les indicaron a los saqueadores la mole blanca de cal y canto de la Iglesia Mayor: allí habían guardado sus bienes creyendo, ilusos, que estarían a salvo. El corregidor, entretanto, lo veía todo desde las celosías de su mansión. Sonreía satisfecho: los guayaquileños eran gente razonable. Ya preparaba mentalmente el memorial que habría de dirigir al virrey de Lima:



Los aventureros, que cayeron en crecido número en este indefenso puerto, se aprovecharon del alarde que hicieron adrede por el Norte, que condujo a nuestra intrépida y fiel tropa hacia allá, dejando abandonada la ciudad.

No menos de mil doscientos ducados quedarían en su poder. Se frotaba las manos. ¡Sería el corregidor más rumboso de la Audiencia de Quito!

Aquella noche el capitán Cliperton se sentía un monarca. Se apoderó de tres micos tristes y de dos loros de exaltado verdor que estaban enjaulados en el pórtico de la casona de algún principal. Cuando abrieron la cripta de la Iglesia Mayor y descubrieron la seda china apilonada, los doblones de oro de buena ley, la plata y las bolsitas que contenían perlas y esmeraldas, Cliperton y sus hombres no cabían de gozo.

—Todo bien —informó—. El corregidor nos permite desembarcar esta misma noche, a condición de que no les toquemos ni un pelo a sus guardias ni maltratemos demasiado a los vecinos.

Tompson se inclinó burlón ante el capitán Cliperton, y él también se dobló, no para devolver el saludo sino para acariciar su tortuga. Advertida, la tropa del corregidor fingió conocer que el ataque corsario empezaría por

el Norte y, con sus trajes encorazados y sus altos morriones centelleantes al sol, atravesó los pútridos esteros de lama verde azul para enfrentar al enemigo.

Cuando Cliperton descendía por la popa a la chalupa que lo conduciría a tan fácil triunfo, vio que su tortuga estiraba hacia él su pizarroso cuello. Dijo que la bajarán; la llevaría consigo.

—Tendrás una esmeralda grande —le dijo el pirata a su mascota—; la haré engastar en tu caparazón.

De nada les valió a los vecinos de Santiago de Guayaquil huir de sus desprotegidas casas de madera, en el Cerrillo Verde, a la Ciudad Vieja: el puente que dividía las dos zonas fue capturado en un santiamén por los ingleses provistos de mosquetones y pistolas de pedernal.

—Su tortuga, capitán, nos trae suerte —dijo el piloto, un escocés tuerto.

—Con tres puertos y este regresaremos a Inglaterra a vivir como lores —prorrumpió el contra maestre, mordiendo el filo de un dorado patacón.



—¡Hurra Cliperton y su tortuga! —exclamaron en coro los piratas, que ya bebían el aguardiente de todas las barricas que habían podido llevar hasta el templo convertido en cuartel general bucanero.

20 Pero el capitán Cliperton de pronto se preocupó: desde el desembarco no había vuelto a ver a su querido galápagos. ¿Qué había sido de él? Les ordenó a los de la tripulación que habían bebido menos que buscaran por todo el puerto a su mascota. El asunto, a los ojos de los ingleses, se convirtió en una verdadera cuestión de honor. La tortuga de su capitán no iba a extraviarse en aquel fangoso lugar que tan bien sabía ocultar la riqueza bajo los harapos de sus casuchas de madera podrida. En una zigzagueante procesión con antorchas, los piratas treparon hasta el Cerrillo Verde, aturdieron a los aterrados vecinos de la Ciudad Vieja y atemorizaron la vía del puerto con su vocerío de reclamo: ¿Quién había osado llevarse el galápagos del capitán Cliperton? Voltearon tinajones para el agua, despedazaron los desagües de las viviendas, se hundieron en

sucios pozos ciegos, rastrearon entre malezas llenas de iguanas, pero finalmente no encontraron la tortuga de su jefe.

Cliperton, mohíno, guardó en una manga de su casaca verde la esmeralda que había jurado engastar en el caparazón de la mascota. Miró los monos y los loros que eran sus nuevos animales, aunque pensó que estos quizá no le traerían la suerte del descomunal galápagos.

—No importa —dijo el capitán con tono irrefutable—; zarparemos con la marea.

Poco antes de embarcarse los piratas, con sus fardos repletos con el magnífico saqueo y con una gran cantidad de vinos y aguardiente excelentes, el corregidor había enviado a Francisquito, su esclavo negro de Tumaco, con un recado escrito de su puño y letra para el capitán inglés: debía cumplir lo pactado. Él había hecho bien las cosas: sus tropas seguían persiguiendo invisibles piratas por la sabana y los manglares.

Cliperton, que en el fondo se consideraba un verdadero gentilhomme de Inglaterra, cum-